

SÁNCHEZ CONTRA SÁNCHEZ  
(Variación sobre un tema de Ricardo Doménech)

Pedro VÍllora

Con cuánta ilusión los Sánchez habían visto  
levantarse, ladrillo sobre ladrillo, aquel chalé.  
Ricardo Doménech: *Los Sánchez*.

MERCEDES: Superespecial.

JORGE: Superespecial y superautomático.

MERCEDES: Igualito que los de los bancos.

JORGE: Igualito, porque era como un banco.

MERCEDES: Seguridad completa.

JORGE: A prueba de bombas. Inexpugnable.

MERCEDES: Inexpugnable. Eso es. Inexpugnable.

JORGE: El último detalle que necesitábamos para el chalé.

MERCEDES: El sueño de su vida. De nuestras vidas.

JORGE: El ideal. Un sueño, sí. Un sueño.

MERCEDES: Habíamos puesto tanta ilusión desde el principio...

JORGE: Tanta energía.

MERCEDES: Sobre todo él.

JORGE: Y ella. Ella también. Desde el principio.

MERCEDES: Él no me lo decía abiertamente para no preocuparme, pero yo lo intuía.

JORGE: No quería preocuparla.

MERCEDES: Pero una palabra aquí, otra allí... Y yo lo sabía. Lo sabía todo.

JORGE: Era una cuestión de salir adelante.

MERCEDES: De sobrevivir.

JORGE: Nada que no ocurra en cualquier trabajo.

MERCEDES: Pero no era cualquiera. Era el suyo. Las zancadillas.

JORGE: Cosa de colegas. Nada peculiar.

MERCEDES: Los veteranos de una empresa no soportan tanta energía en un joven porque les obliga a ponerse a trabajar en firme para no verse en entredicho.

JORGE: Temen que les quites el puesto.

MERCEDES: A él no. A él nadie se lo va a quitar ahora.

JORGE: Porque aprendí cómo hacerlo.

MERCEDES: Y los de la misma generación, esos son los peores. Envidiosos, trepas.

JORGE: Aprendí a sortear las zancadillas.

MERCEDES: Y a ponerlas.

JORGE: No lo discuto. A ponerlas también.

MERCEDES: No es ningún reproche. Sólo había una manera de ascender y era esa. Jorge siempre lo ha tenido claro.

JORGE: Mercedes fue un gran apoyo para mí. No tenía que decirle nada para que ella lo supiese todo.

MERCEDES: Se lo notaba en el rostro. Dejó de mirar cara a cara y su gesto era avinagrado, triste.

JORGE: Alguna vez me dijo que apretaba mucho los labios. Yo no me daba cuenta.

MERCEDES: Alguna vez se lo dije, sí. Los contraía. Descargaba su malestar en la boca. Cuando está nervioso tiende a morderse los labios por dentro, y también las mejillas.

JORGE: Es algo que no puedo evitar. Un tic.

MERCEDES: Los domingos eran un descanso. Aunque no lo fuesen, en realidad.

JORGE: A los niños les gustaba ir a la obra. Para ellos era como un juguete grande.

MERCEDES: Uno de esos juegos de construcción, con muchas piezas que se unen unas a otras.

JORGE: Que ensamblan.

MERCEDES: Aprovechábamos para tomar el sol.

JORGE: A Jorgito y a Nacho les encantaba corretear entre los cimientos, los muros a medio levantar, los montones de arena, los ladrillos. A Merceditas, no tanto.

MERCEDES: Merceditas era muy pequeña para apreciarlo.

JORGE: Merceditas era el juguete de Mercedes. O quizá fuese al revés, no estoy tan seguro.

MERCEDES: El domingo era el día de descansar. Íbamos a la obra para huir de la empresa de Jorge. Veíamos crecer al chalé al tiempo que crecían los niños.

JORGE: Crecían desconsideradamente.

MERCEDES: Ni el chalé ni los niños crecían desconsideradamente. El chalé lo hacía a un ritmo pausado y seguro.

JORGE: La seguridad es lo más importante. Pero los niños estaban dejando de ser niños. Ya eran tan altos como Mercedes y pronto serían más altos que yo. Los niños tendrían que seguir siendo niños siempre.

MERCEDES: Merceditas era muy pequeña. Sí, tal vez era un juguete.

JORGE: Pero en el fondo... En el fondo daba gusto verlos crecer.

MERCEDES: Y también, sí, también daba gusto ver crecer a Jorge.

JORGE: Ascendí.

MERCEDES: En cuanto supo poner las zancadillas, empezó a ascender. Y así todo crecía: Jorgito, Nacho, el chalé, Jorge...

JORGE: Hasta Merceditas creció.

MERCEDES: En el fondo, Jorge estaba orgulloso.

JORGE: Bueno...

MERCEDES: Orgulloso, sí, orgulloso. Todo lo suyo crecía.

JORGE: Y hasta lo que no era mío crecía igualmente.

MERCEDES: Lo dice por lo que lo dice.

JORGE: Lo digo porque tengo razón.

MERCEDES: Se refiere al chalé.

JORGE: Pero no a todo el chalé. Concretamente al presupuesto.

MERCEDES: Nunca he entendido de números, pero me vi obligada a aprender.

JORGE: Nos vimos obligados todos en cuanto empezaron los problemas.

MERCEDES: Eso no fue al principio.

JORGE: Al principio o poco después, da igual. Pero aquello comenzó. Primero fue el presupuesto, pero no fue sólo el presupuesto. Estaban los grifos...

MERCEDES: No los elegí yo, sino el fontanero.

JORGE: No he dicho que fuese culpa de Mercedes; sólo que no funcionaban, no sé por qué. Y luego las puertas...

MERCEDES: Y las ventanas.

JORGE: El carpintero las entregaba tarde, mal y nunca.

MERCEDES: ¿Tan difícil es cumplir unos plazos?

JORGE: El jardín fue otra angustia.

MERCEDES: Estaba pasando el tiempo de la siembra y aquel jardinero seguía sin traer el césped.

JORGE: El terreno estaba tan sucio de cemento y escombros que igual no echaba raíces.

MERCEDES: Si él había empezado a cambiar con las dificultades en la empresa...

JORGE: Tanto como dificultades...

MERCEDES: ...Ahora era yo la que estaba entrando en un estado de angustia permanente.

JORGE: Un reproche tras otro.

MERCEDES: Pienso en mí misma entonces y no me gusta lo que veo.

JORGE: Un reproche tras otro. Por esto, por aquello. Cada noche igual. Un reproche tras otro.

MERCEDES: Era preciso discutir. Y a mí no me gusta discutir, pero alguien tenía que hacerlo.

JORGE: En el fondo prefería las noches de antes del chalé, cuando Merceditas aún no había nacido y Jorgito y Nacho era pequeños los dos.

MERCEDES: También yo prefería aquel tiempo, con Jorge y yo en el sofá, tranquilos, después de haber acostado a los niños. Entonces podíamos hablar.

JORGE: Hablábamos de otras cosas.

MERCEDES: Otras cosas diferentes. Menos importantes..., o sí, no lo sé.

JORGE: Otras cosas.

MERCEDES: Cualquier cosa es preferible antes que discutir de planos, entregas, ladrillos...

JORGE: El contratista y el carpintero jamás han ocupado un lugar tan grande en la vida de nadie.

MERCEDES: Discutíamos, sí, y a mí se me puso el rostro tan duro como a él. Se me avinagró el carácter, y eso no me gusta porque no soy así. No yo.

JORGE: Es raro porque todo lo demás crecía. Los niños, el sueldo...

MERCEDES: Los préstamos del banco, los intereses, la hipoteca...

JORGE: Esas cosas de las que Mercedes jamás se había preocupado.

MERCEDES: No soy de números, lo digo y lo repito, pero a todo se hace una.

JORGE: Y un sábado todo cambió.

MERCEDES: No un domingo. Un sábado.

JORGE: Un sábado antes de un domingo. La noche anterior.

MERCEDES: Ese sábado lo pasamos todos juntos en el chalé.

JORGE: Jorgito, Nacho, Merceditas, Mercedes...

MERCEDES: Los cinco en el chalé. Como todos los domingos que íbamos al chalé a comprobar el estado de las obras.

JORGE: Solo que era un sábado.

MERCEDES: El sábado más importante de nuestras vidas. El primer sábado del resto de nuestras vidas.

JORGE: El sábado en que por fin pudimos dormir en el chalé.

MERCEDES: No despertarnos el domingo por la mañana, coger el coche y los niños y marcharnos hasta el chalé; no. Un domingo que no habría que ir al chalé porque ya estaríamos allí, en el chalé.

JORGE: ¡Estábamos tan nerviosos!

MERCEDES: ¡Cómo estaríamos de nerviosos que no fuimos capaces de hacer o pensar nada!

JORGE: No había otra cosa en el mundo más que el chalé. Ese sábado no vimos el telediario, ni compramos el periódico...

MERCEDES: Tampoco lo hicimos el domingo.

JORGE: No llamamos a nadie, se nos olvidó regar las plantas.

MERCEDES: Unas macetas que hay en el balcón. Geranios y alegrías, que duran mucho.

JORGE: Y hasta no podría asegurar si le dimos de comer al gato.

MERCEDES: ¡Pero si no tenemos gato!

JORGE: Bromeaba.

MERCEDES: Después de tanto tiempo, por fin en el chalé.

JORGE: Y eso que los grifos seguían sin funcionar bien, pero no importaba.

MERCEDES: Si era cosa de los grifos, malo; pero si eran las cañerías, peor.

JORGE: Pero no importaba.

MERCEDES: Esa noche no importaba nada.

JORGE: Esa era la noche del chalé.

MERCEDES: El chalé de los Sánchez.

JORGE: El chalé que yo había construido para Mercedes, Jorgito, Nacho y Merceditas Sánchez.

MERCEDES: El chalé que habíamos construido todos, entre todos y para todos.

JORGE: El chalé de los Sánchez.

MERCEDES: Que no tenía calefacción.

JORGE: Pero no importaba.

MERCEDES: Porque había un problema con el calentador eléctrico y aún no funcionaba.

JORGE: Pero no importaba.

MERCEDES: No, no importaba. No había agua, hacía frío, a Merceditas le tiritaban hasta las trenzas, a los niños les iba a dar algo, pero no importaba. Y lo digo en serio: era el primer sábado y nada importaba.

JORGE: Y el domingo todo seguía sin importar. Sobre todo a los niños.

MERCEDES: Desaparecieron. Les dije que no volviesen demasiado tarde y desaparecieron. Estuvieron toda la mañana en el campo haciendo nunca he sabido qué y regresaron a la hora de comer. Comimos bocadillos y algo de ensalada, claro, porque no teníamos bombona para la cocina, pero estaba bueno de todas formas. Los niños devoraron aquellas lonchas de jamón con tomate. ¿He dicho ya que no los vi en toda la mañana? Volvieron sucios y les tuve que regañar, pero les veía felices. Eran felices, lo mismo que yo.

JORGE: Al terminar el grueso de las obras comenzó otro tipo de problemas. No, problemas no: preocupaciones.

MERCEDES: El chalé era grande, muy grande, y estaba completamente vacío.

JORGE: No tan vacío. Teníamos algunos muebles que nos sobraban y que podíamos haber utilizado.

MERCEDES: Teníamos una mesa vieja y dos sillas, y una cojeaba.

JORGE: Ligeramente. Se podía arreglar. Pero tenía razón, había que comprar más cosas.

MERCEDES: Siempre he adorado el estilo castellano. Tan noble, tan sobrio.

JORGE: El estilo castellano pasó de moda hacía años, pero aquí me tocaba callar.

MERCEDES: Las modas vienen y van. Es una tontería amueblar algo demasiado a la moda porque entonces estará pasado de moda enseguida. Hay que buscar aquello que ya no está de moda porque eso es lo que está a punto de estar de moda.

JORGE: No entendía esa lógica, pero daba igual. Mercedes quería un comedor estilo castellano y tuvo un comedor estilo castellano.

MERCEDES: Lo encontramos en el Rastro. Era una preciosidad.

JORGE: Una preciosidad pasada de moda y carísima, pero una preciosidad.

MERCEDES: Comparé precios para ver si era una oportunidad o un engaño. Y también me preocupé de si podíamos permitirnoslo. Y podíamos.

JORGE: Con un nuevo crédito, claro.

MERCEDES: Un préstamo personal.

JORGE: Yo habría preferido esperar un poco.

MERCEDES: Una semana más tarde y nos habríamos quedado sin él, porque era una ganga. Una de esas ocasiones que no puedes desaprovechar. Y era una preciosidad. Aún lo es, supongo.

JORGE: Dentro de su estilo, sí. Sobre todo cuando te acostumbras a él. El día que lo llevaron todavía no pude hacerme a la idea. No sabía si me parecía demasiado grande, demasiado pequeño o demasiado qué, pero no era culpa del comedor en sí, sino de pensar en la letra a treinta días y en todo lo que quedaba por comprar.

MERCEDES: El día que llevaron el comedor fue cuando empecé a entender que íbamos a ser muy felices en el chalé. Construido a nuestro gusto, a pesar de los problemas, y amueblado con sentido de la eficacia y de la estética, a pesar del coste. Lo barato es caro, se ha dicho siempre y siempre he sabido que es verdad.

JORGE: Lo cierto es que ese día Mercedes disfrutó. Merceditas tenía su casita de muñecas y ella su chalé.

MERCEDES: Lo que no teníamos era agua.

JORGE: Pero esta vez era directamente la bomba del pozo, que se estropeó y no pudimos lavarnos.

MERCEDES: Ni cocinar. Pero ya estaba prevenida y había comprado unas conservas deliciosas y unos zumos para que bebiesen los niños. Jorge tomó cerveza no muy fría y yo no me acuerdo qué bebí. Supongo que zumo también, o a lo mejor cerveza. No sé. Es curioso, pero sólo me acuerdo de lo feliz que fui con el comedor y de lo mal que me sentó lo de la cerradura.

JORGE: Un cerrojo, en realidad.

MERCEDES: Una cerradura. Porque vi la cerradura es por lo que quise el cerrojo, pero el origen de todo está en la cerradura. Una corriente y moliente, la más barata de la ferretería. Sin seguridad.

JORGE: La seguridad lo es todo.

MERCEDES: Una cerradura de nada que podía servir mientras el chalé estuviese vacío, y ni aun así. Cualquiera podría haberla roto de una patada o un empujón, haber entrado y haberse quedado a vivir. Y ya se ve lo difícil que es echar a los delincuentes que ocupan propiedades ajenas.

JORGE: La seguridad lo es todo. Podía discutir a lo mejor la oportunidad del comedor pero no lo del cerrojo o cerradura. Mercedes quería un cerrojo de seguridad en lugar de la cerradura endeble y al día siguiente hablé con el cerrajero para solucionarlo.

MERCEDES: Nunca me gustó el contratista. Se lo dije a Jorge desde el primer momento. “No me gusta ese contratista”. No sé por qué, una intuición. Y tenía razón. No por los retrasos, pero sí por esto. Alguien que no piensa en la seguridad de los demás no es de fiar. Y la cerradura de la puerta de entrada no era la única.

JORGE: Faltaba también la del garaje, la del cuarto de las herramientas...

MERCEDES: Y el jardín era especialmente vulnerable.

JORGE: Aprovechamos para pedir que pusiesen cierres en todas las habitaciones.

MERCEDES: Pestillos.

JORGE: Pasadores, aldabillas... De todo.

MERCEDES: No era sólo por Jorgito, Nacho y Merceditas, que también, y ni siquiera por el comedor.

JORGE: Castellano y carísimo.

MERCEDES: Una tentación para cualquiera, como todo lo demás.

JORGE: Porque ya empezaba a haber todo lo demás, y era mucho.

MERCEDES: Lo indispensable y un poco más. Mecedoras, sofás, mesas, librerías, aparadores, sillas, cuberterías, cuadros, cerámicas, mantelerías, lámparas... Todo carísimo, ya lo sé, pero lo necesario para vivir tan sólo algo mejor que bien.

JORGE: No lo discuto. El chalé era para que mi familia viviese en el confort y la seguridad. Eso tenía un precio y yo estaba dispuesto a pagarlo porque era mi obligación, mi compromiso con ellos, que no tenían la culpa de que los ascensos y el sueldo no creciesen tan rápidos como la cocina de inducción, la lavadora con autoprogramación de cargas, el televisor extraplano o el lavavajillas comprometido con el medio ambiente.

MERCEDES: Las exigencias de la civilización.

JORGE: No digo que no hubiese agradecido alguna ayuda. No ya con los bancos, pero al menos para sujetarme la escalera mientras colgaba la lámpara de hierro forjado que combinaba tan bien con el comedor de estilo castellano.

MERCEDES: A Jorge, en el fondo, le encantaba hacerlo todo él. Poner una escarpia para colgar un cuadro era una aventura de la que regresaba triunfante y victorioso. Regar el césped que finalmente parecía crecer a su ritmo era como atravesar a nado el Amazonas y volver para contarlo.

JORGE: Ni Jorgito ni Nacho ayudaban en nada, y ya no digo Merceditas, tan pequeña.

MERCEDES: Los niños no paraban un instante en el chalé. Siempre al aire libre jugando al sol, que buena falta les hacía tras tanto tiempo sin casi salir de la ciudad. Vitamina D, mucha vitamina D. El placer de vivir en medio del campo.

JORGE: En medio del campo.

MERCEDES: En medio del campo. Lejos de todas partes. Entre peligros. A merced de cualquiera. A expensas del primer ladrón al que se le ocurra entrar a robar.

JORGE: Lo cual acababa de ocurrir en otro chalé a pocos kilómetros.

MERCEDES: Y en la tienda me hablaron de uno más cercano que había sido asaltado la noche anterior.

JORGE: Dos en menos de una semana.

MERCEDES: Dos chalés en los alrededores, posiblemente tan protegidos como el nuestro.

JORGE: Con su cerrojo de seguridad en la entrada, la cerradura en el garaje, los pestillos y aldabillas en las puertas de las habitaciones, candados varios desperdigados por aquí y por allá...

MERCEDES: Todo insuficiente, e imprevisto cuando nos decidimos a comprar el terreno, llamar al contratista, construir el chalé...

JORGE: Mucho sol, mucho aire libre, mucha vitamina D y ninguna seguridad.

MERCEDES: ¿Por qué los otros chalés sí y el nuestro no? No, el nuestro también. ¡También!

JORGE: Una noche entera sin dormir, pensando qué hacer. Comprobando que, en el fondo, no habíamos puesto más medidas en el chalé que en el piso de la ciudad.

MERCEDES: Los mismos cerrojos. Idénticas cerraduras.

JORGE: Y el campo no está tan protegido como la ciudad.

MERCEDES: Allí estábamos a merced de todos.

JORGE: Una noche entera sin dormir.

MERCEDES: Había que llamar de nuevo al cerrajero.

JORGE: Al mismo no. A otro, por si acaso. Y encargar una nueva cerradura.

MERCEDES: Y un segundo cerrojo de seguridad.

JORGE: Pero no un cerrojo cualquiera.

MERCEDES: Uno superespecial.

JORGE: Superespecial y superautomático.

MERCEDES: Igualito que los de los bancos.

JORGE: Igualito, porque era como un banco.

MERCEDES: Seguridad completa.

JORGE: A prueba de bombas. Inexpugnable.

MERCEDES: Inexpugnable. Eso es. Inexpugnable.

JORGE: El último detalle que necesitábamos para el chalé.

MERCEDES: El sueño de su vida. De nuestras vidas.

JORGE: El ideal. Un sueño, sí. Un sueño.

MERCEDES: Que podía destrozarse en cualquier momento.

JORGE: Pero quizá no era suficiente. Por eso reforzamos la puerta con una chapa de zinc de casi un centímetro de grosor..

MERCEDES: Una chapa especial. Una puerta blindada.

JORGE: Y una reja en la chimenea.

MERCEDES: También especial. El cerrojo. La chapa. La reja. Todo especial.

JORGE: Rejas en las ventanas y persianas de seguridad.

MERCEDES: Persianas especiales de cierre hermético.

JORGE: Y multitud de células fotoeléctricas que controlaban cualquier movimiento y hasta los cambios bruscos de luz y temperatura.

MERCEDES: Insistí en la necesidad de las células.

JORGE: Lo más caro del chalé. Costaron incluso más que el comedor de estilo castellano. Pero eran imprescindibles, sí, tanto como el nuevo crédito que negocié con el banco.

MERCEDES: El resultado lo merecía. Lo mereció.

JORGE: Mercedes estaba orgullosa.

MERCEDES: Satisfecha.

JORGE: Orgullosa. No podía ni sabía disimular su placer por reinar en una fortaleza.

MERCEDES: Tanto como reinar...

JORGE: Había que verla desplegar una extraña habilidad para adoptar personalidades ajenas. Como un niño que juega a policías y ladrones, ella quiso jugar a robar el chalé. Nuestro chalé.

MERCEDES: Jorge lo ha dicho. La idea me surgió al ver a Jorgito y Nacho jugando.

JORGE: Pero que quede claro que la idea era suya. No de Jorgito ni tampoco de Nacho. Ninguno de ellos le obligó a su madre a actuar así. Fue idea de Mercedes. De nadie más.

MERCEDES: No he dicho otra cosa ni pienso decirla. Se me ocurrió a mí sola. Les vi jugar y me dije: “¿Por qué no podemos jugar todos? ¿Por qué no aprovechar el juego de Jorgito y Nacho para que juguemos todos y de paso...?” De paso, sí. Nada más que de paso.

JORGE: Nos convertimos en ladrones de nuestro propio chalé.

MERCEDES: La idea puede parecer estúpida, pero cuando yo la expuse nadie la discutió.

JORGE: Eso es verdad. No discutí la idea como no discutí la pertinencia de solicitar o no un crédito para comprar o no comprar un comedor de estilo castellano pasado de moda pero a punto de volver a estar de moda.

MERCEDES: Y jugamos.

JORGE: Y no pasó nada.

MERCEDES: Nada salvo lo mejor que podía pasar.

JORGE: Las persianas de cierre hermético...

MERCEDES: Las células fotoeléctricas...

JORGE: La puerta blindada...

MERCEDES: Y el cerrojo superespecial...

JORGE: Superespecial y superautomático.

MERCEDES: Igualito que los de los bancos.

JORGE: Igualito, porque era como un banco.

MERCEDES: Seguridad completa.

JORGE: A prueba de bombas. Inexpugnable.

MERCEDES: Inexpugnable. Eso es. Inexpugnable.

JORGE: El último detalle que necesitábamos para el chalé.

MERCEDES: El sueño de su vida. De nuestras vidas.

JORGE: Y resistió.

MERCEDES: Todo resistió. No se abrió nada.

JORGE: El chalé era como un fuerte.

MERCEDES: Como en las películas. Nosotros queríamos entrar pero no se abrió nada.

JORGE: Éramos unos auténticos fracasados como ladrones.

MERCEDES: Jamás nos habríamos ganado la vida asaltando viviendas cerradas.

JORGE: Fue muy divertido. Lo reconozco. Muy divertido.

MERCEDES: Lo fue todas las veces. Porque no lo hicimos sólo una vez.

JORGE: No, qué va. Lo hicimos muchas veces.

MERCEDES: Casi cada día. Y hasta cada mañana y cada tarde. Por ver qué pasaba.

JORGE: Y no pasaba nada.

MERCEDES: Éramos felices. En ese momento éramos felices.

JORGE: Hoy no me hace ninguna gracia.

MERCEDES: Pero entonces sí. Todavía sí. Gracias a eso pudimos seguir comprando cosas para el chalé.

JORGE: Más toallas, camas supletorias, sábanas...

MERCEDES: Había que estar preparados por si teníamos invitados.

JORGE: Una bicicleta estática, un humidificador para cada dormitorio, un ordenador portátil para Jorgito, otro para Nacho y hasta un tercero para Merceditas de aspecto infantil pero tan caro como los otros. Y por fin la comida.

MERCEDES: No. Por fin, no. Siempre había comida. No la compramos sólo el último día.

JORGE: Eso es verdad. Comida había siempre. Montañas y montañas de comida en el frigorífico, en el congelador, en los muebles colgados de la cocina, en los muebles bajos, en la despensa, en la bodega, en el garaje.

MERCEDES: Conviene tener almacenada comida suficiente por lo que pueda pasar.

JORGE: Aun así, siempre había que comprar más comida. Ir al hipermercado, cargar el coche, regresar al chalé, descargar las bolsas... Como era habitual, a mí me tocó descargar las bolsas.

MERCEDES: Jorge es más fuerte y alguien tenía que abrir la puerta para poder entrar las bolsas de la comida. Y Jorgito y Nacho le ayudaban. No siempre estaban jugando por ahí y ese día habían ido con nosotros y con Merceditas al hiper y ahora le estaban ayudando.

JORGE: Pero no abrió.

MERCEDES: Casi no me dio tiempo a probar cuando ya estaba a mi lado.

JORGE: Jorgito, Nacho y yo ya habíamos descargado todo y lo habíamos dejado en el porche del chalé. No se trataba de presionar ni nada parecido.

MERCEDES: Y me quitó la llave. “Déjame a mí”, me dijo, y me quitó la llave.

JORGE: Al menos tardamos cinco minutos en descargar el coche y ese era tiempo más que suficiente para que hubiese abierto todas las puertas del chalé.

MERCEDES: Pero no podía con la puerta de entrada.

JORGE: Por eso le quité la llave. Para intentarlo yo.

MERCEDES: Y él tampoco pudo.

JORGE: Lo intenté y lo intenté, y no conseguí nada.

MERCEDES: No pudo.

JORGE: Estuve toda la mañana con la dichosa llave y no pude abrir.

MERCEDES: La llave del cerrojo superespecial y superautomático. Muy segura y muy delicada. De tanto intentarlo la torció.

JORGE: Las persianas de cierre hermético estaban bajadas. Y las rejas no se podían separar.

MERCEDES: La puerta del garaje tampoco se abrió.

JORGE: Los sensores de las células fotoeléctricas no sé qué notarían que la alarma saltó con un ruido terrible y aquello se llenó de luces que no paraban de dar vueltas.

MERCEDES: Pensé en entrar por la chimenea y desconectar la alarma, pero me acordé de que había otra reja y lo descarté.

JORGE: La policía, que nunca aparece, apareció.

MERCEDES: Les explicamos quiénes éramos y qué había pasado.

JORGE: Nos ayudaron a llamar al cerrajero, a los dos cerrajeros. Y los dos vinieron.

MERCEDES: Y el carpintero. Y el fontanero.

JORGE: El contratista.

MERCEDES: Hasta el jardinero que había puesto el césped vino también.

JORGE: Y los albañiles.

MERCEDES: Los albañiles vinieron, sí.

JORGE: Todo el mundo vino, y todos dijeron lo mismo. “Una fortaleza inexpugnable”.  
Eso dijeron. “Una fortaleza inexpugnable”.

MERCEDES: El chalé de los Sánchez, una fortaleza inexpugnable.

JORGE: Justo lo que habíamos querido.

MERCEDES: Y lo habíamos conseguido.

JORGE: Pero nos habíamos quedado fuera.

MERCEDES: Fuera.

JORGE: Ninguno de aquellos trabajadores pudo hacer nada. Ninguno fue capaz de abrir una puerta o siquiera una ventana.

MERCEDES: Fue un bochorno.

JORGE: Algo más que un bochorno. Una humillación.

MERCEDES: Delante de todo el mundo. Delante de los mismos que habían construido el chalé de sus sueños, de nuestros sueños.

JORGE: En el que nadie, nunca, podría volver a entrar.

MERCEDES: Y toda nuestra vida está allí dentro.

JORGE: Aunque los créditos están fuera.

MERCEDES: El comedor de estilo castellano...

JORGE: La hipoteca, el préstamo personal, el banco...

MERCEDES: No podíamos echarlo todo a perder.

JORGE: Tuvimos que tomar una decisión.

MERCEDES: Permanecer junto al chalé, proteger nuestras cosas.

JORGE: Vigilar nuestra inversión.

MERCEDES: Hicimos lo único posible.

JORGE: Comprar el solar de al lado.

MERCEDES: Construir un nuevo chalé junto al primero.

JORGE: Vivir los cinco miembros de la familia Sánchez a diez metros del sitio donde habríamos sido felices.

MERCEDES: Donde fuimos felices una vez, y hasta más de una.

JORGE: Pero no es lo mismo.

MERCEDES: No, no lo es.

JORGE: En el primer chalé nos sentimos desprotegidos.

MERCEDES: Y en este también.

JORGE: Y ahora creo que lo mejor sería poner un cerrojo superespecial y superautomático, por si acaso.

MERCEDES: Pero yo no sé si lo mejor no sería empezar a construir un nuevo chalé. Uno mayor, que Jorgito, Nacho y Merceditas empiezan a ser grandes.

*Oropesa, 28 de octubre de 2007*